

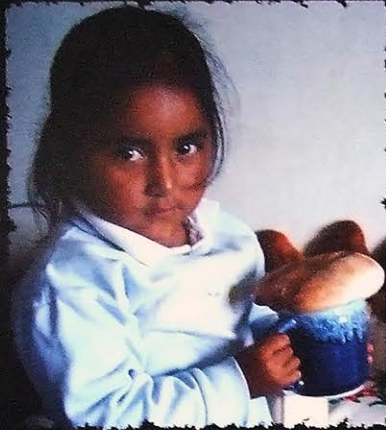
Día de Muertos

Ofrenda Viva de nuestros
Pueblos Indígenas



COLECCIÓN MAYOR

Estado de México: Patrimonio de un Pueblo



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Compromiso
Gobierno que cumple



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Editor

ERNESTO NEMER ÁLVAREZ

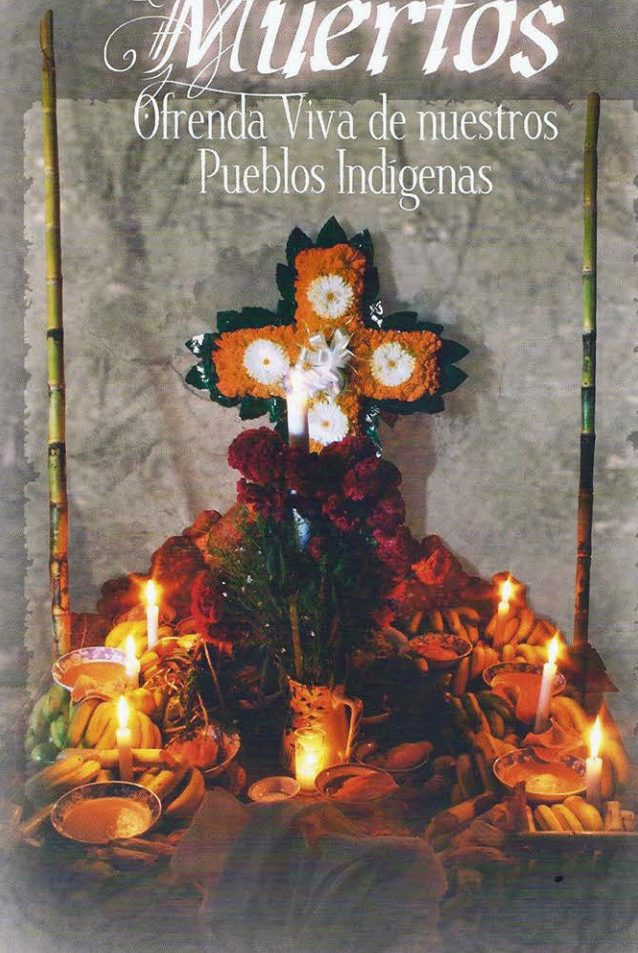
Secretario de Desarrollo Social



1810-2010
BICENTENARIO DE LA
INDEPENDENCIA DE MÉXICO

Día de Muertos

Ofrenda Viva de nuestros
Pueblos Indígenas



2007



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

ENRIQUE PEÑA NIETO
Governador Constitucional



CONSEJO EDITORIAL

Humberto Benítez Treviño, María Guadalupe Monter Flores,
Luis Videgaray Caso, Agustín Gasca Pliego, David López Gutiérrez

COMITÉ TÉCNICO

Alonso Sánchez Arteche, José Martínez Pichardo, Augusto Isla Estrada

SECRETARIO TÉCNICO

José Alejandro Vargas Castro

© Secretaría de Desarrollo Social
Día de Muertos, Ofrenda Viva de nuestros Pueblos Indígenas
Primera Edición: 2007

D.R. © GOBIERNO DEL ESTADO DE MÉXICO
Palacio de Gobierno, Lerdo poniente, N° 300,
Col. Centro, Toluca de Lerdo, Estado de México, C.P. 50000
www.edomexico.gob.mx/consejoeditorial
consejoeditorial@edomex.gob.mx

D.R. © Consejo Estatal para el Desarrollo Integral de los Pueblos Indígenas
del Estado de México.

ISBN: 968-484-666-5 (Colección)

ISBN: 978-970-826-025-1

Autorización del Consejo Editorial de la
Administración Pública Estatal No. CE: 215/1/03/07

Diseñado e impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra incluyendo las características técnicas, diseño de interiores y portada por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la grabación, sin la previa autorización del Gobierno del Estado de México. Si usted desea hacer una reproducción parcial de esta obra, sin fines de lucro, favor de contactar al Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

BIBLIOTECA MEXIQUENSE DEL BICENTENARIO

DÍA DE MUERTOS

Ofrenda Viva de nuestros

Pueblos Indígenas

COLECCIÓN MAYOR

Estado de México: Patrimonio de un Pueblo

2007



PRESENTACIÓN

Me complace presentar la obra editorial “Día de Muertos, Ofrenda Viva de nuestros Pueblos Indígenas”, la cual nos muestra la asombrosa concepción de la muerte que tienen los pueblos originarios del territorio mexiquense, parte fundamental de nuestra identidad, a través de una de las tradiciones más profundas, bellas y antiguas.

Nuestros antepasados indígenas nos enseñaron que los seres queridos nunca nos abandonan del todo, quedamos unidos a ellos por el amor que nos profesaron, el cual trasciende esta vida. Mejor aún, de acuerdo con sus creencias, en su día, los difuntos regresan al lugar de los vivos, a convivir nuevamente con los seres que amaron.

Tal ocasión es motivo de fiesta y es un ritual que reúne a la familia para esperar a sus difuntos y brindarles aquello que les complacía en vida, por medio de ofrendas que son auténticos altares llenos de misticismo y, sobre todo, llenos de amor. Por fortuna, es una tradición que permanece viva y profundamente arraigada en nuestros cinco pueblos indígenas, de los cuales seguimos aprendiendo.

La tradición de Día de Muertos en el Estado de México es un orgullo y un tesoro de los mexiquenses.

Enrique Peña Nieto
Gobernador Constitucional del
Estado de México

Más allá de lo intangible...

Más allá de lo que algunos consideran como folclor, la festividad del Día de Muertos entre nuestros pueblos indígenas nos introduce a un mundo poco explorado por quienes nos regimos por las reglas de la razón y nos cerramos a la gran posibilidad de ir más allá de los límites de nuestra percepción.

Una anciana indígena caminando fatigosamente, con sus cirios y flores a cuestas, está lejos de ser una imagen pintoresca, porque no son cirios ni flores lo que carga; esa aguerrida anciana lleva a cuestas el respeto y amor a sus difuntos, tal como lo dicta la tradición milenaria de nuestros antepasados; una tradición en la que vivos y muertos se dan cita para refrendar su afecto, recibir mutuamente su apoyo y reforzar su lazo eterno.

Porque podemos ver en ello la inquebrantable gratitud hacia aquellos que partieron, hemos querido intitular esta magnífica obra editorial Día de Muertos... Ofrenda Viva de Nuestros Pueblos Indígenas, porque son ellos quienes, a lo largo de los siglos, han mantenido abierta la puerta de la percepción para que entendamos que nuestro paso por esta vida nunca será inútil, que podemos marchitarnos y volvernos polvo, pero nuestro ejemplo y nuestra esencia permanecerá más allá de la muerte, si con nuestras acciones logramos trenzar, con quienes nos sobreviven, un lazo indisoluble.

Es ésta una ofrenda viva y rica que año con año nos obsequian los admirables pueblos indígenas de nuestro Estado, a quienes reiteramos nuestro respeto. Su cosmovisión nutre nuestra propia concepción, y nos permite mirar hacia un horizonte incluyente, tolerante y moderno para el Estado de México.

La conmemoración del Bicentenario de la Independencia Nacional que impulsa el Gobierno del Estado de México, a través de esta colección bibliográfica, tiene la intención de propiciar la reflexión acerca de lo que somos como sociedad, para comprender mejor el futuro que deseamos construir.

Ernesto Nemer Álvarez,
Secretario de Desarrollo Social





"Somos Mortales"

*todos habremos de irnos
todos habremos de morir en la tierra...*

*Como una pintura
nos iremos borrando,
Como una flor
nos iremos marchitando
aquí sobre la tierra.*

*Meditenlo, señores águila y tigre,
aunque fueran de oro,
también allá irán
al lugar de los descansos,
Tendremos que despertar,
nadie habrá de quedar"*

*Nezahualcōyōtl
(1402 - 1472)*

*Chichimecatecutli
Gran Señor de la Nación Chichimeca,
forjador de la Triple Alianza
y el más notable
hombre de conocimiento
del Anáhuac en su tiempo.*

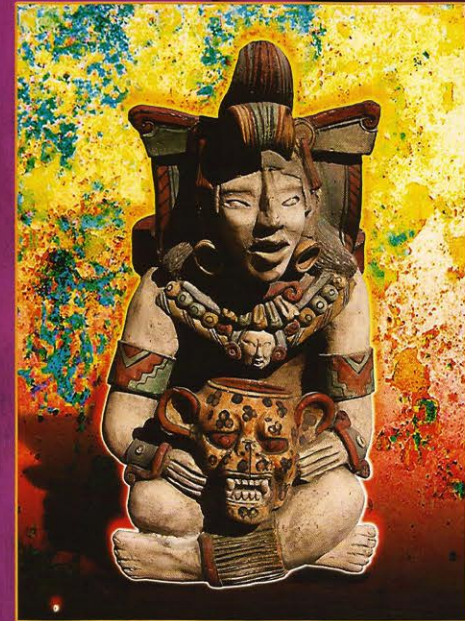


Muerte – Vida, un ciclo eterno

(Cosmovisión Nahua)

El pueblo nahua concebía a la muerte como parte inseparable de la naturaleza dual del universo prehispánico: vida – muerte. “Para los antiguos mexicanos [...] la muerte no era el fin natural de la vida, sino fase de un ciclo infinito. Vida, muerte y resurrección eran estadios de un proceso cósmico, que se repetía insaciable”¹. Esta dualidad se confirma con numerosos vestigios arqueológicos con rostros mitad calavera y mitad humana.

De acuerdo con los antiguos nahuas, Quetzalcóatl bajó al Mictlán, Lugar de los muertos, para pedir a Mictlantecuhtli, dios de la muerte, los huesos preciosos para crear a los hombres; Mictlantecuhtli le dijo que si podía hacer tocar su caracol podría llevárselos, pero el caracol no tenía agujeros de mano. Quetzalcóatl llamó a los gusanos que luego hicieron los hoyos; llamó también a las abejas grandes que se introdujeron y lo tocaron. Mictlantecuhtli escuchó el caracol y accedió a darle los huesos preciosos, pero mandó a sus emisarios a hacer un hoyo profundo por el que cayó y murió Quetzalcóatl. Los huesos preciosos se esparcieron y fueron roídos por las codornices, luego la lluvia los destruyó aún más. Al poco tiempo, resucitó Quetzalcóatl y lloró al ver los huesos preciosos destruidos; no obstante, llevó los huesos a Tamoanchan, el paraíso prehispánico. Allí los molió la vieja diosa Quilaztli, los echó en un recipiente de barro y sobre éste Quetzalcóatl se sangró el pene. Luego hicieron penitencia los dioses y así nacieron los vasallos de los dioses, el hombre y la mujer que poblaron la Tierra.



De esta manera, de la muerte surgió la vida y ambas se volvieron compañeras inseparables. Tal vez ningún pueblo, como el nahua, rindió tanto culto a la muerte. Sus festividades con las que honraban a sus muertos eran muy solemnes; se realizaban sacrificios, se cantaba, danzaba y se colocaban ofrendas a los dioses y a los difuntos en sus sepulturas o en los templos, los cuales se purificaban con humo de copal. Según Fray Diego Durán, los indígenas tenían dos fiestas principales en las que rendían culto a los muertos: la Miccaihuitontli o “Fiesta de los Muertecitos” que se

¹ Octavio Paz, “Todos Santos, Día de Muertos” en El Laberinto de la Soledad, 2ª edición (1993).



celebraba en el noveno mes, Tlaxochimaco, (en fechas correspondientes a julio) en honor a los niños muertos y a Huitzilopochtli, y la Huey Miccaihuitl, "Gran Fiesta de los Muertos", en el décimo mes, Xocotlhuetzin (en fechas que corresponden a agosto), a la memoria de los difuntos mayores.

De aquellas milenarias festividades, aún se conservan algunos rituales, como adelante veremos. Con la llegada de los españoles y su conquista espiritual, las festividades de los Muertos se trasladaron de julio y agosto al mes de noviembre y adquirió influencias de las festividades españolas, a su vez heredadas de los árabes, en un sincretismo lleno de color y misticismo que sobrevive hasta nuestros días.

Los lugares a donde viajaban los muertos eran diversos y su destino no dependía del comportamiento que hubieran tenido en la Tierra, sino de las causas de su muerte. Al Mictlán, Lugar de los Muertos, iban los que fallecían de muerte natural, por vejez o por enfermedades ordinarias. El difunto emprendía un largo viaje de cuatro años, a través de los



niveles del Inframundo, hasta llegar al noveno, el nivel del descanso eterno. El Tlalocan, donde residía el dios de la lluvia, era un lugar de regalo y regocijo en el que los árboles siempre estaban llenos de frutos, el cual estaba destinado para quienes morían por rayos, ahogados o por enfermedades graves. Al Tonatiuhichan, donde "el gozo no tenía fin y las flores nunca se marchitaban"², iban los guerreros que morían peleando o sacrificados y los mercaderes que morían en sus recorridos. El Cihuatlampa o Cincalco, paraíso del oeste, estaba destinado a las mujeres muertas en el parto³, a quienes se conocía como cihuateteo, "diosas". Por último, existía el Tamoanchan, Lugar de nuestro Origen, donde iban los difuntos niños, pues allí se encontraba el Chichihuaucauhco, el árbol nodriza que amamantaba a los niños con la leche que manaba de sus hojas.

Desde estos lugares sagrados volvía el nahual⁴ de los difuntos, en su día, a visitar a sus seres queridos, quienes les ofrendaban aquello que disfrutaron en vida y lo que les ayudara en su viaje a la madre Tierra y de regreso a su recinto de descanso, año con año, tal como hoy sucede.

Ofrendas: Tradición que perdura

"Los que descansan en paz, aquellos que han trascendido, los que dejaron sus frutos, su corazón, su cariño..."

Ellos nos quieren hablar, si nos ponemos atentos y dejamos que su amor nos guíe en todo momento.

Para tener un encuentro y poderlos saludar, más fácil es en un sueño, un rayo de luz, un verso...

Los que descansan en paz nos vienen a visitar, y nos dejan un consuelo para que vivamos plenos.

¡Créelo nada más!
Un suspiro y ya verás.
Sólo déjate llevar.

Ellos que nos aman tanto, nos lo demuestran a ratos: en una canción, un llanto; en una cruz, en un santo...
¡Percíbelo nada más!⁵

² Alfredo Chavero, en México a través de los siglos (1939).

³ Dice el maestro Miguel León-Portilla: "Equiparándolas a los guerreros que aprisionan a un hombre en combate, asignaban igual destino a las mujeres que morían de parto con un prisionero en su vientre" (1979).

⁴ Equivalente al alma, en la concepción católica.

⁵ Verso anónimo, encontrado en una escuela, que nos permite entender mejor el sentido de la ofrenda.



El significado de la ofrenda de Día de Muertos, sigue siendo profundo, lleno de respeto y de fe, los altares domésticos son dedicados principalmente a los familiares o amigos, a los santos patronos por el fin del ciclo agrícola, por las cosechas y por la vida que se renueva; es un espacio donde se espera con devoción el regreso de los que se han adelantado en el camino y que después de un año vienen a visitar sus hogares; es un altar para los niños y adultos difuntos, donde se colocan los alimentos y bebidas que consumían en vida.

La muerte es representada, interpretada y vivida de modo distinto a través de las diversas etapas históricas. Estudios arqueológicos demuestran que sitios tan antiguos como Tlapacoya, Tlatilco y Cuicuilco, presentan evidencia de ritos mortuorios.

Para finales del preclásico medio se identifica un desarrollo en la práctica funeraria mediante la existencia de



lugares especiales para los enterramientos, mayor riqueza en las ofrendas, integradas por vasijas, ornamentos, objetos personales, comida, bebidas y, en ocasiones, pequeños juguetes, que los difuntos utilizaban en vida y que les servirían para su viaje eterno al inframundo donde habitaban los dioses de la muerte.

Lejos de los reinos habitados por los dioses, se eligió un lugar para venerar a la muerte como paso de la vida terrenal a la eterna; éste nació en una isla de Chalco con el nombre de Mixquic, que significa "En el mezquital". Es posible que en el templo, donde los antiguos edificaron su gran tzompantli como ofrenda a sus dioses, se llevaran a cabo sacrificios o penitencia corporal, utilizando las espinas del mezquite.

En la etapa posterior a la conquista, los indígenas dejaron de realizar sus ofrendas

a la muerte en las fechas equivalentes a julio y agosto, trasladándolas a las celebraciones cristianas de noviembre, disimulando sus rituales tradicionales.

Con el tiempo, la celebración del Día de Muertos se volvió una mezcla de dos tradiciones culturales diferentes, pero ciertamente coincidentes; conserva el misticismo indígena de la Fiesta de los Muertecitos y la Gran Fiesta de los Muertos, y las celebraciones españolas de Todos los Santos y los Fieles Difuntos. La fiesta incluye prácticas y rituales como la recepción y despedida de las ánimas, la colocación de las ofrendas o altares, el arreglo de las tumbas, la velación en los cementerios y la celebración de los oficios religiosos.

Para nuestros pueblos indígenas en el Día de Muertos también se celebra la renovación de la vida.



Los Elementos Tradicionales de las Ofrendas

En cada región existe una peculiaridad en la colocación del tipo de ofrenda a sus muertos, ésta se realiza en casa, en la iglesia, en el panteón, sobre el suelo o sobre un altar, en familia o en comunidad, los implementos que la integran encierran su propia historia y misticismo, esenciales para el ritual de recibimiento de las almas y la convivencia con ellas.

La ofrenda debe estar constituida por objetos que representan los cuatro elementos de la Naturaleza:

LA TIERRA:

Representada por el pan, elaborado con productos de la tierra, además de semillas y frutas para que sacien su hambre.

EL AIRE:

Representado por el papel picado u otros adornos, como hojas de palma, que se mueven con el viento.



EL AGUA:

El agua, fuente de vida y pureza del alma, es ofrecida a los familiares difuntos, para que satisfagan su sed, luego del largo camino recorrido desde el más allá, y se fortalezcan para su viaje de regreso.

EL FUEGO:

La flama de las velas, veladoras o ceras significa luz, esperanza y fe; las que se colocan en la ofrenda representan a las almas que son esperadas. En la antigüedad se usaban rajas de ocote, que además servían de guía para que las ánimas pudieran encontrar su camino durante el viaje, tanto de venida como de retorno, entre esta vida y lo desconocido. En la ofrenda también se colocan cuatro cirios en forma de cruz que representan los cuatro puntos cardinales. Algunos colocan siete velas para pedir la iluminación divina en contra de los pecados capitales.

De acuerdo con la tradición, la ofrenda de muertos debe contar con varios de los siguientes elementos:

SAL

Purifica el cuerpo de los difuntos, para que no se corrompa en el viaje que realizan año con año para convivir con sus familiares, de acuerdo con la tradición cristiana de la resurrección. Al mismo tiempo, es una invitación a las almas de nuestros difuntos a que prueben los alimentos que se les ofrece, para que la condimenten a su gusto.

COPAL

El copal, elemento fundamental que nuestros antepasados ofrecían a sus dioses, aleja del lugar a los malos espíritus para que las ánimas puedan entrar a su antiguo lugar en la tierra y da un toque místico al momento sublime de las oraciones y alabanzas. Su aroma recuerda a los difuntos el mundo tal y como ellos lo conocieron y propicia su purificación. En algunos lugares se ha sustituido el copal por incienso, con igual fin y significado.

FLORES

Las diferentes flores que adornan y perfuman la ofrenda para las ánimas tienen su propio uso y significado. Para los altares de los muertitos se coloca flor de alhelí y nube, pues su color significa la pureza y ternura de los niños; en cambio, el amarillo del cempasúchil deshojado traza con su color y olor el camino que las sublimes ánimas habrán de recorrer en su acostumbrada visita. Se ofrecen a

los muertos, pues se les considera en cierta forma "vivos", tanto en el recuerdo y el corazón de sus parientes y amigos, como en la "otra vida". De acuerdo con la fe cristiana, el cempasúchil simboliza al Sol y proclama la vida eterna como don de Dios. La flor roja conocida como "mano de león" o "moco de guajolote", significa específicamente la expresión de la sangre de Cristo y su Resurrección, así como la vida humana y animal.

El arco de flores simboliza la entrada al inframundo (el Mictlán, lugar de los muertos) y la llegada al mundo de los vivos, además de representar la eterna rueda de la existencia bajo la tierra, un ciclo que no termina.

PETATE

Pensando en el largo recorrido que realizan las ánimas para visitar a sus familiares, éstos colocan un petate que sirve para que descansen, así como para colocar los alimentos ofrecidos.



PERRO (TECHICHI)

Un elemento más destinado al trance de los niños, es el perro techichi de pelo bermejo, que les ayuda a cruzar el caudaloso río Chicnahuapan, primer paso para llegar al Mictlán.

AGUA PARA REFRESCAR

El aguamanil, recipiente con agua, con jabón y toalla, es colocado con la finalidad de que se refresquen y laven después de su recorrido. El agua también es considerada como símbolo de la vida, del agua viva que nunca les hará padecer sed.

EL PAN Y LOS TAMALES

Antes de la llegada de los españoles, nuestros antepasados colocaban tamales en sus ofrendas, hoy se utiliza igualmente el pan de trigo. El sincretismo religioso incluye hoy muchos símbolos cristianos, baste recordar que en la misa católica el "pan de vida" tiene gran relevancia, porque simboliza la presencia de Cristo, quien murió para que tuviéramos vida. Para nuestros antepasados, quienes morían daban vida a los que quedaban.

CRUZ DE CEMPOALXÓCHITL (CEMPASÚCHIL)

De acuerdo con la concepción católica, la cruz florida sobre el altar significa que todos los caminos, los cuatro puntos cardinales, los brazos de la cruz, llevan a Dios, el centro donde se cruzan los brazos. Nos habla también de la redención de Cristo.

CRUZ DE CENIZA

La cruz de ceniza se coloca para que el ánima expíe sus culpas pendientes.

LAS CAÑAS Y LOS GOLLETES

Desde la antigüedad se colocan cañas y golletes, estos últimos son panes de forma circular que simbolizan los cráneos de los enemigos vencidos e inmolados a los dioses, sostenidos por cañas que representan las varas de los tzompantlis, donde eran ensartados los cráneos.

Generalmente, los golletes se adornan con azúcar teñida de rojo, que simboliza la sangre.

Considerado como ofrecimiento fraternal se encuentra el pan, que en diferentes formas es parte apreciada en el altar.

LAS FRUTAS Y LA CALABAZA EN TACHA

La esencia de la fruta de temporada, como guayabas, mandarinas, tejocotes, naranjas, jícamas y camotes, es alimento para el espíritu y el alma de muertos y vivos; es por ello que la ofrenda se considera un tributo de manjares, olores y colores, donde comer es un ritual de convivencia entre vivos y muertos. La calabaza en "tacha", cocinada con miel de piloncillo o panela, antiguamente llamada también "tacha", es una deliciosa tradición prehispánica.

LOS PAPELES DE COLORES NEGRO, NARANJA Y MORADO

El negro hace referencia al Tlilán, lugar de la negrura y al Mictlán, lugar de los muertos. El morado y el naranja significan luto; el primero en la religión católica y el segundo entre los nahuas.

SEMILLAS

Representan también a la tierra; recuerdan las gracias y dones que Dios otorga al hombre. Son señal de esperanza en el futuro, pues crecen y florecen como debe ocurrir con el espíritu humano.

EL MOLE

Generalmente preparado con pollo, guajolote o carne de cerdo, servido con arroz, frijoles y tortillas, el prehispánico mole, enriquecido con ingredientes traídos de Europa, no puede faltar en la ofrenda, pues además de ser el platillo clásico de la fiesta mexicana, para prepararlo se requiere dedicación, cuidado y cariño, cualidades que deben ofrecerse a los muertos.

EL CHOCOLATE

Bebida originalmente exclusiva para el consumo de la nobleza indígena, el chocolatl (del maya "chokol", amargo, y del náhuatl "atl", agua, es decir, "agua amarga") se preparaba con cacao y agua, antes de la llegada de los españoles. El delicioso chocolate se acompaña, generalmente, con pan de fiesta elaborado con pulque o huevo.

EL BARRO

Nuestros antepasados indígenas usaban ollas de barro, como símbolo de la tierra, para depositar en ellas los tamales y la comida.

IMÁGENES DE SANTOS Y CRUCES

Para que los acompañen y guíen en el buen camino de regreso. Representan la especial protección divina que deseamos para ellos en la otra vida. Los retratos de los seres queridos y las imágenes religiosas manifiestan la comunión con los santos.

Para los católicos, un santo es la persona que vive intensamente el amor a Dios y a sus hermanos, son modelos de vida y hermanos mayores que interceden ante Dios por nosotros y a los que se recuerda precisamente en la solemnidad de Todos los Santos, el 1 de noviembre y la conmemoración de los Fieles Difuntos, el día 2.

CALAVERAS DE AZÚCAR

Nuestros antepasados prehispánicos utilizaban cráneos humanos para recordar a los difuntos. Hoy, para no olvidar que somos mortales, colocamos calaveras de azúcar con los nombres de quienes se nos adelantaron.



ALIMENTOS, BEBIDAS Y CIGARROS

Los alimentos preferidos de nuestros difuntos deben servirse calientes, para que los puedan oler y "tomar" su esencia, debido a que su presencia es "en espíritu". Las botellas de licor deben destaparse con la misma finalidad. Los alimentos y bebidas son símbolo de comunión; invitamos a nuestros muertos a comer, como lo haríamos con cualquier amigo o familiar en vida.

OBJETOS PERSONALES

Se colocan algunos objetos personales de los difuntos. En el caso de las mujeres difuntas, antes se acostumbraba poner sus metates o molcajetes y sus rebozos. Para los hombres, machetes, sarapes o morrales, como recuerdos de su paso por este mundo. Tratándose de niños, sus juguetes favoritos, así como dulces y un tarro de atole.





FOTOGRAFÍAS DE LOS DIFUNTOS

Se colocan fotografías de los difuntos a los que está dedicada la ofrenda, como un homenaje a su recuerdo. El altar u ofrenda es una manifestación de la aceptación filosófica de la muerte como parte integral del ciclo de la vida.

CAMINO DE PÉTALOS DE CEMPASÚCHIL

Se debe preparar un camino de pétalos de cempasúchil, desde la entrada de la vivienda hasta la ofrenda, para guiar a los difuntos.

Se recomienda colocar una ofrenda adicional a la de nuestros seres queridos, dedicada a aquellos que murieron en el anonimato, sin que nadie los recuerde o rece por ellos.

Por su importancia, la Festividad Indígena de Día de Muertos de México fue proclamada por la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), en 2003, como "Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad".

La religión católica instituyó en el año 835 d.C. la celebración de Todos los Santos el 1 de noviembre y la de los Fieles Difuntos al día siguiente. En nuestro país, el primero de estos días se convirtió en la fiesta de los muertos niños y de los adultos el día siguiente.

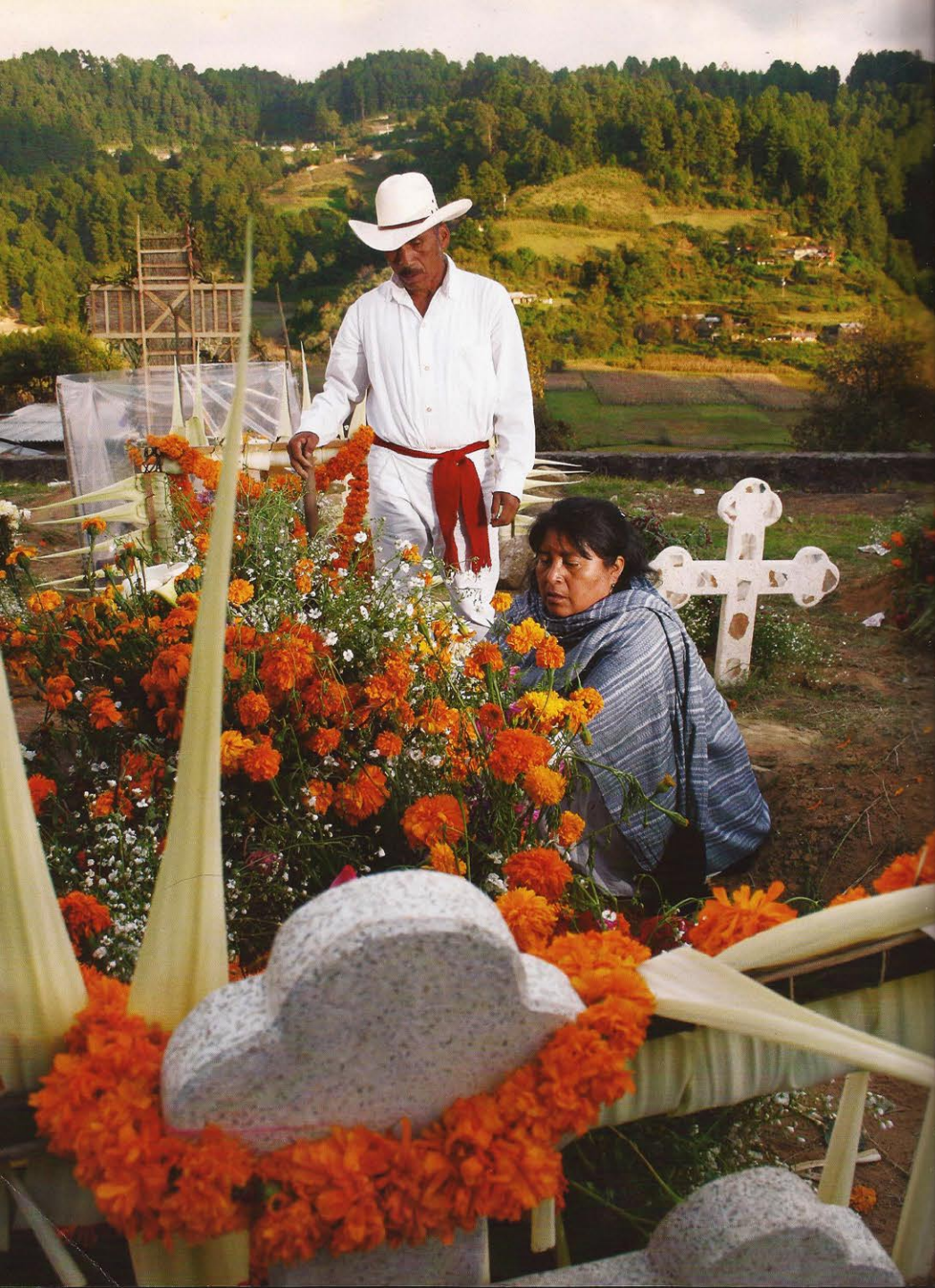
En realidad no existe un modelo único ni alguna interpretación inequívoca del significado de la Ofrenda, la cual varía de acuerdo con la región o el grupo cultural, incluso entre cada familia.

En el Estado de México las ofrendas y los elementos que las componen varían entre nuestros cinco pueblos indígenas que han convivido por siglos, más aún con las que se colocan en las zonas urbanas. Concretamente en Toluca, se utilizan las figuras de alfeñique que no son comunes en las ofrendas indígenas.

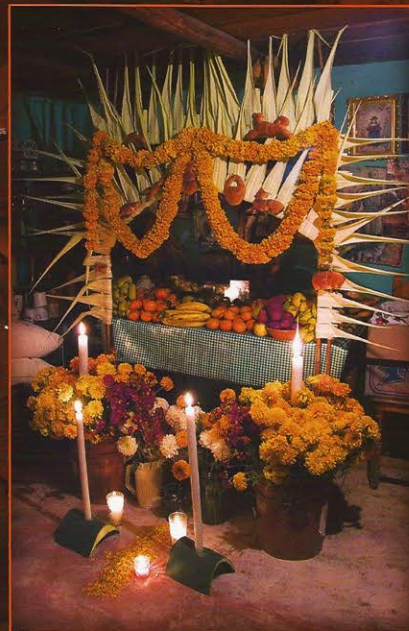
Las ofrendas o altares familiares han integrado a la herencia cultural prehispánica otros elementos que las complementan y que son resultado de los cambios culturales que viven las sociedades constantemente.

Aún con elementos diferentes, se puede afirmar que todas las ofrendas cumplen el mismo fin: reunirnos y convivir con nuestros seres queridos difuntos, para rendirles un tributo de gratitud y amor, para hacerles saber que siguen vivos en nuestra memoria y en nuestro corazón, que son nuestros compañeros inseparables en nuestra vida sobre la Tierra.





Ofrenda Matlatzínca



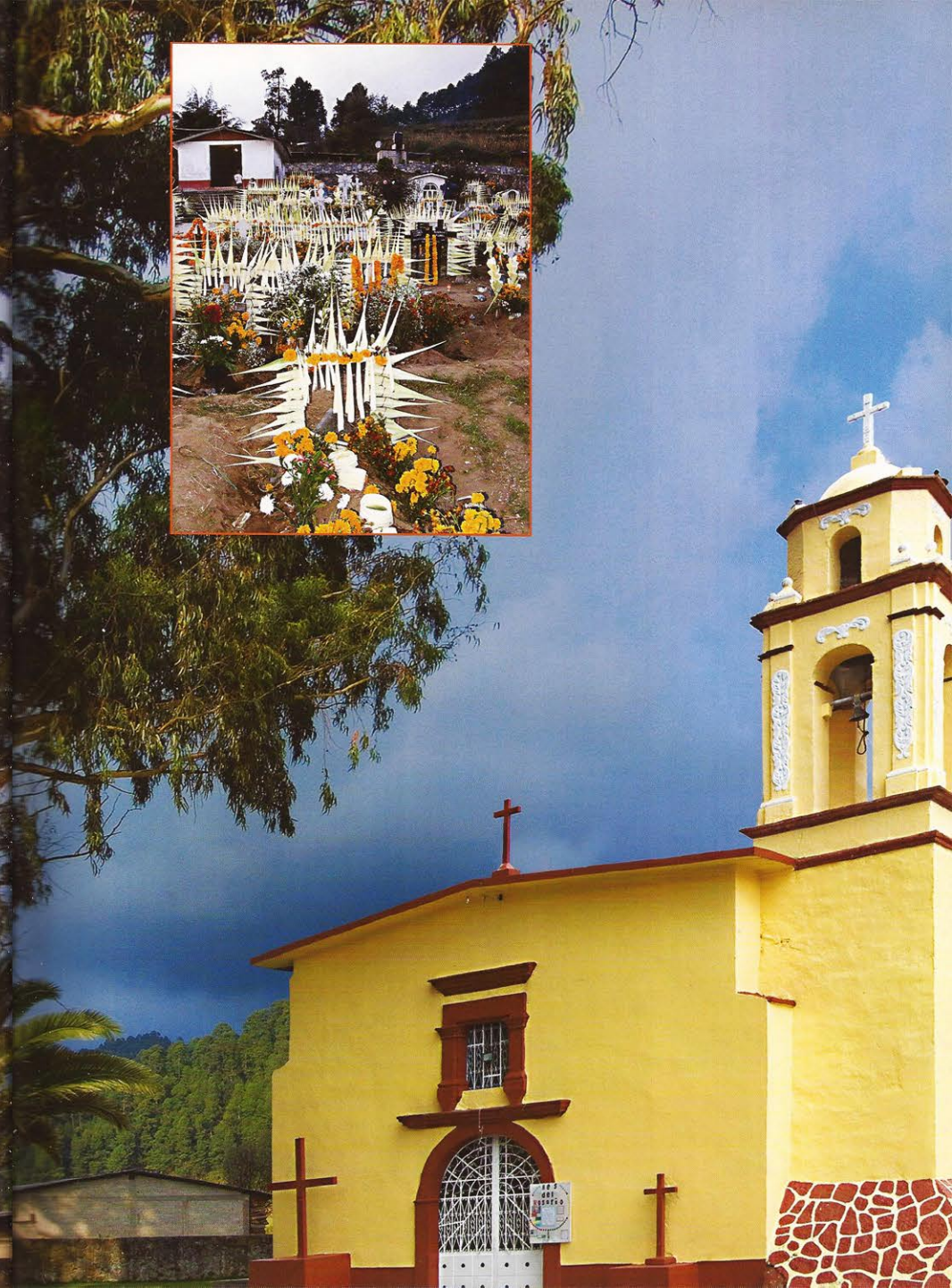
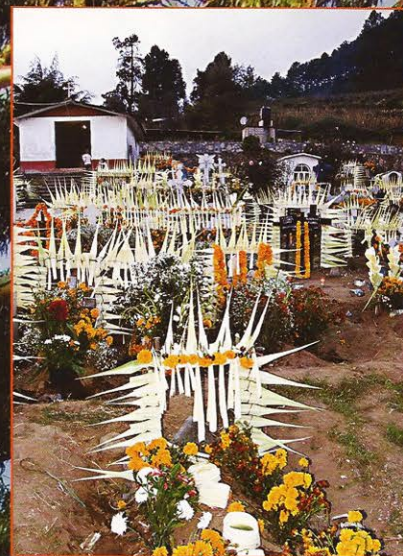
Esta cultura, en tiempos prehispánicos, se asentó en un amplio territorio que incluía los actuales municipios de Tenango del Valle, Malinalco, Tenancingo, Ocoyoacac, Tianguistenco, Xalatlaco, Tejupilco, Temascaltepec, Mexicaltzingo y Toluca. Hoy día, la población matlatzínca se concentra, principalmente, en la comunidad de San Francisco Oxtotilpan, municipio de Temascaltepec, Estado de México. Por fortuna, la comunidad matlatzínca conserva parte de sus tradiciones, costumbres, mitos y leyendas que enriquecen la pluralidad cultural del Estado de México.

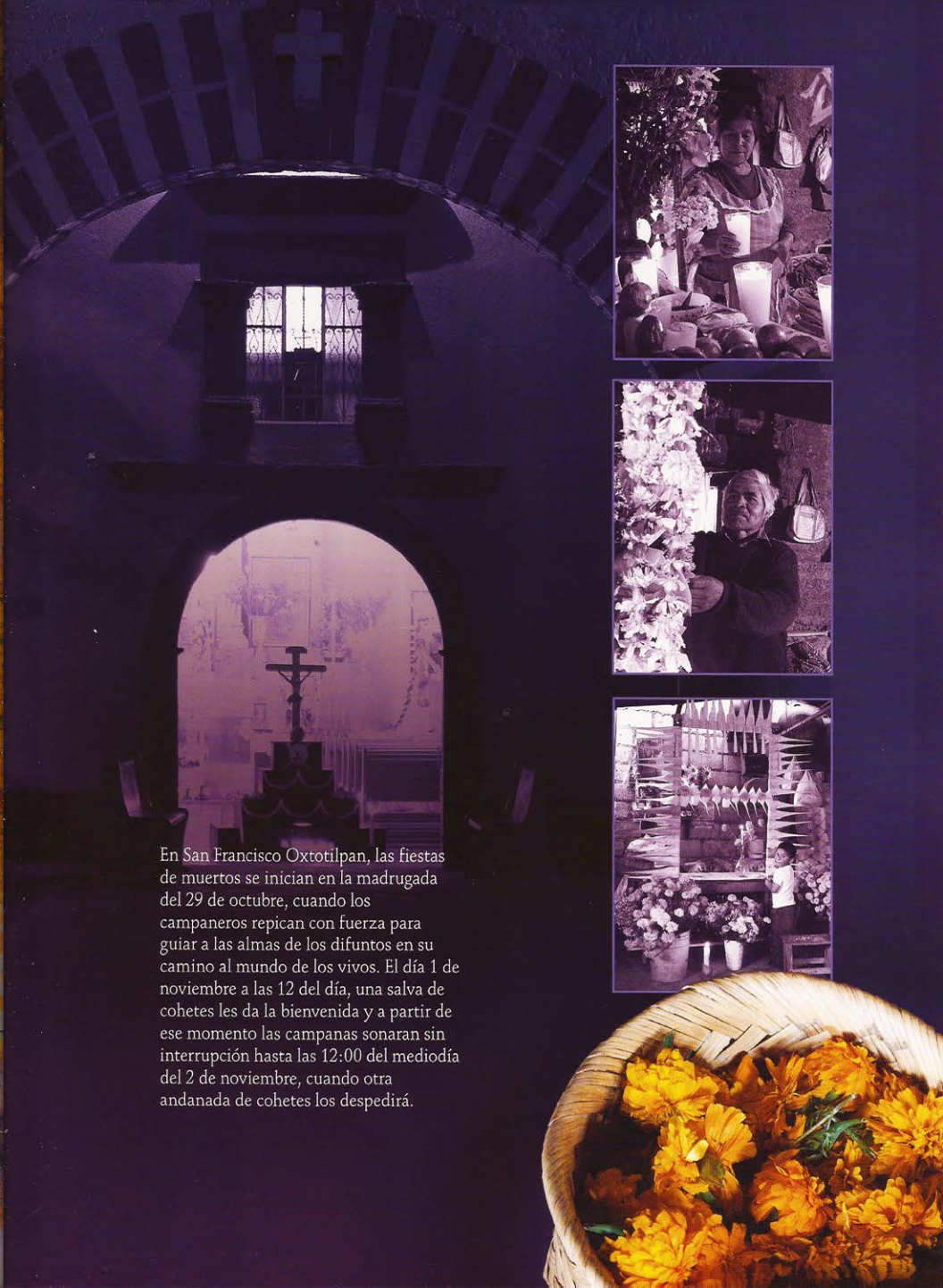


Matlatzincas

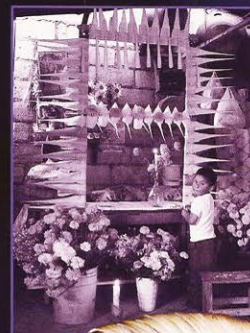
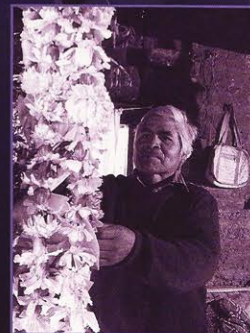
La celebración del día de muertos es tal vez la segunda gran fiesta comunal después de la del Santo Patrón, San Francisco. La fiesta coincide con la terminación del ciclo agrícola, por lo que se realiza una ceremonia de agradecimiento por los frutos recibidos; también es el tiempo de compartirlos con los fieles difuntos al final de su largo peregrinar, son días de duelo y regocijo, donde se refrendan las relaciones fraternales y de parentesco. Los familiares difuntos son recordados con respeto y alegría.

Para los matlazincas esta celebración simboliza la existencia de un mundo mágico-religioso que tiene su origen en la época prehispánica, misma que tiene estrecha relación con los elementos de la naturaleza, y constituye una tradición legada de generación en generación hasta nuestros días.





En San Francisco Oxtotilpan, las fiestas de muertos se inician en la madrugada del 29 de octubre, cuando los campaneros repican con fuerza para guiar a las almas de los difuntos en su camino al mundo de los vivos. El día 1 de noviembre a las 12 del día, una salva de cohetes les da la bienvenida y a partir de ese momento las campanas sonaran sin interrupción hasta las 12:00 del mediodía del 2 de noviembre, cuando otra andanada de cohetes los despedirá.





Las fiestas dan comienzo con la elaboración del pan con formas zoomorfas, como burritos, toritos o mulitas, y antropomorfas, que recuerdan a las figurillas femeninas de la cultura tlailca. Un día antes de la celebración las mujeres preparan los tamales de frijol y de ceniza, la cual es tomada del fogón familiar. La lista de los platillos que se ofrendan es muy extensa y succulenta, baste señalar los huauzontles capeados en caldillo de jitomate, mole rojo con pollo o guajolote, mole verde, quelites asados, arroz rojo, caldo de res con chilacayote, frijoles de la olla, tortillas, dulce de camote, de calabaza y mucho más.

Los hombres adornan el altar con flores de cempasúchil y hortensias que se colocan en floreros sobre la mesa, en ese momento se encienden los sahumeros para purificar el altar y la entrada de la

casa; hacia el frente se coloca un marco elaborado con cañas de maíz y de vara, éste es forrado con hojas de yambáni o corazón de palma. En el interior de este marco son colocadas las flores de cempasúchil que se ensartan en un cordón; dicho arco representa al sol y a la luna.

Las almas de los niños llegan el 1 de noviembre al mediodía; en su ofrenda se coloca leche, fruta, pan y agua. Para los matlatzincas, los niños muertos son considerados santos. Por la noche, adornan la iglesia de la comunidad con coronas y ramos de flores, además de encender ceras y veladoras para esperar a los difuntos adultos. De las puertas abiertas de sus casas salen largos caminos de pétalos de cempasúchil para conducirlos hasta la ofrenda y el aroma a copal inunda el aire que se respira en la comunidad.



Los matlatzincas colocan en el altar un arco de vara adornado con hojas de palma, "rosarios" de cempasúchil y papel de colores. En el piso se coloca un sahumerio con copal que es encendido con rajitas de ocote, llenando la habitación con su peculiar aroma y creando una atmósfera mística. En la ofrenda se colocan los platillos y las bebidas preferidas por los difuntos e incluso sus cigarritos. Algunos hablan a sus muertitos: "Pedro, este mole y este pulque son para ti".

Los difuntos regresan a su antiguo hogar para disfrutar de los manjares, tomando de ellos su esencia. Por esto, la persona que los come encuentra que han perdido sabor.





Alrededor de las cuatro de la tarde la gente va al panteón; para las seis que se oficia la misa, las tumbas lucen radiantes de luz y color, perfumadas por el copal de los sahumerios. El párroco nombra a cada uno de los difuntos de una larga lista que sus deudos le proporcionan. Por la noche el panteón es un lugar lleno de luz y fragancia, los deudos platican de sus muertos, de lo que hacían, lo que les gustaba y de cómo fue su partida.

Luego de asistir al rosario en la parroquia, se retiran a sus casas, donde pasan la noche acompañando a sus difuntos, rezando, platicándoles, sirviéndoles comida o bebida y reflexionando con ellos.





En la parroquia se coloca una ofrenda para aquellos difuntos que no tienen parientes vivos que los honren, además se coloca en la entrada de la parroquia un crucifijo sobre una pequeña base piramidal, el cristo tiene a sus pies el cráneo real de una persona, rememorando las cruces de camino tan populares en la Colonia.

A las 12 del mediodía, los coheteros indican que los difuntos ya han regresado a su morada y por lo tanto las campanas dejan de sonar. Las personas en sus casas empiezan a repartir los alimentos de la ofrenda entre sus familiares, y las familias se reúnen en torno a la mesa, comen y platican.

La ofrenda es mantenida en los hogares matlatzincas por ocho días más después del 2 de noviembre, retirando los alimentos perecederos y dejando lo demás, intacto, durante este periodo.

Los matlatzincas tienen la creencia de que las ánimas de los difuntos se manifiestan en las pequeñas mariposas que vuelan alrededor de las ofrendas.





Ofrenda Mazahua

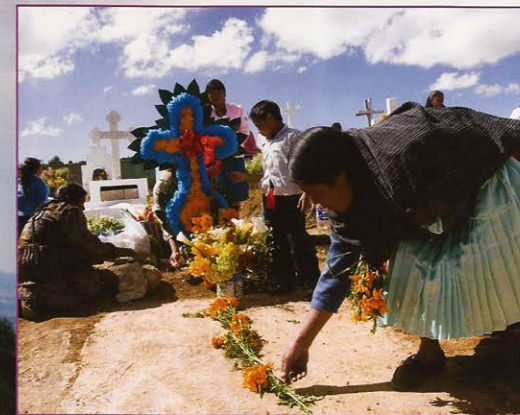


La cultura mazahua es actualmente uno de los pueblos indígenas más extendidos y arraigados en el Estado de México. Sus comunidades se localizan en el noroeste y comprenden municipios como Atlacomulco, Jocotitlán, El Oro, San Felipe del Progreso, Ixtlahuaca, Villa Victoria, Villa de Allende, Donato Guerra y Temascalcingo.

Mazahua

El pueblo mazahua mantiene vivas muchas de sus expresiones culturales, destacando algunas que tienen sus raíces en la cosmovisión prehispánica, como la celebración del Día de Muertos; esta fiesta reúne a los familiares que viven en la comunidad y aquellos que por diferentes razones han emigrado a otras ciudades, pues todos saben que ese día se volverán a reunir con los seres queridos que se les adelantaron en el camino. Por la misma razón, la gran mayoría está dispuesta a participar con los gastos de la ofrenda y en el arreglo de las tumbas.

Con anticipación a la llegada de sus fieles difuntos, los mazahuas compran, año con año, jarros, cazuelas, chiquihuites, ceras y veladoras con sus ahorros de todo un año. Asimismo, adquieren días antes lo necesario para preparar los alimentos que serán colocados en la ofrenda, además de frutas de temporada y flores.



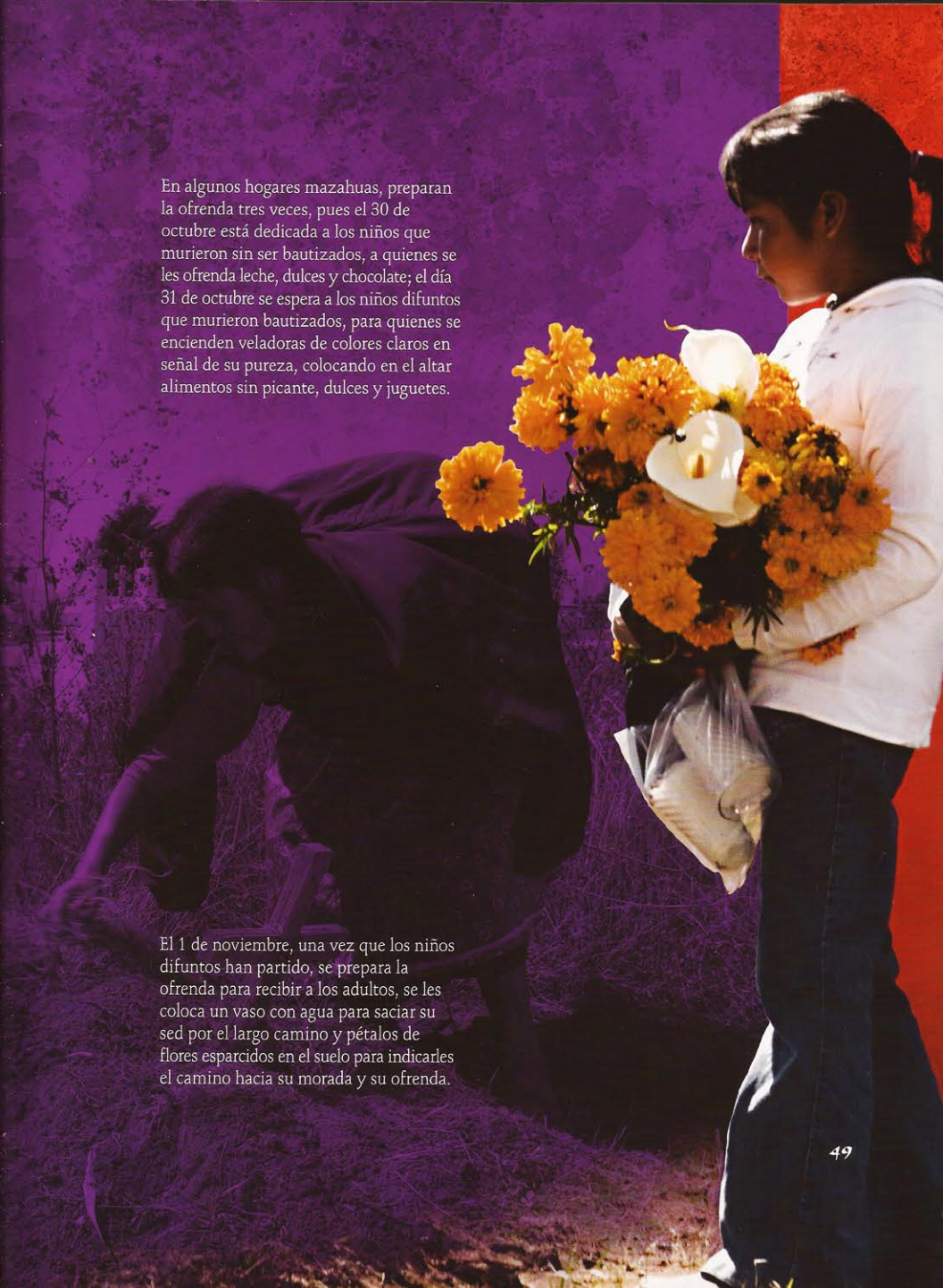


Las ofrendas son colocadas normalmente en el suelo, sobre un petate, en el lugar que les sirve de altar durante todo el año y se componen de imágenes religiosas, flores silvestres, nube, terciopelo, cempasúchil y alimentos de la región preparados con lo recolectado en la cosecha de ese año; siendo la matriarca de cada familia la encargada de cuidar que todo se lleve a cabo tal y como lo manda la costumbre, antes y después de la ofrenda.





En algunos hogares mazahuas, preparan la ofrenda tres veces, pues el 30 de octubre está dedicada a los niños que murieron sin ser bautizados, a quienes se les ofrenda leche, dulces y chocolate; el día 31 de octubre se espera a los niños difuntos que murieron bautizados, para quienes se encienden veladoras de colores claros en señal de su pureza, colocando en el altar alimentos sin picante, dulces y juguetes.



El 1 de noviembre, una vez que los niños difuntos han partido, se prepara la ofrenda para recibir a los adultos, se les coloca un vaso con agua para saciar su sed por el largo camino y pétalos de flores esparcidos en el suelo para indicarles el camino hacia su morada y su ofrenda.



Los mazahuas acostumbran visitar los panteones el 2 de noviembre, para colocar ofrendas sobre las tumbas de sus difuntos, retocar los epitafios y comer en familia en el propio panteón; algunos acompañan la velación con serenatas musicales. Los mazahuas han conservado la tradición de no sepultar a sus muertos al azar; cuando es posible, cada familia tiene su espacio. Los esposos son enterrados uno al lado del otro; los hijos, alrededor de sus padres, y los nietos, en torno a aquéllos.



De acuerdo con sus costumbres ancestrales, guardan gran respeto sobre todo a los abuelos finados, pues fueron ellos, en vida, quienes detentaron la mayor autoridad y guiaban con sus consejos a la familia. Las tumbas del abuelo y de la abuela son adornadas con mayor profusión de cruces y flores que el resto de las tumbas de la familia. Las veladoras en las tumbas son señal de bienvenida. Además, se adornan con rosarios de flores de muy diversos colores; el número de rosarios y el tipo de flores también indican la jerarquía que el difunto ocupó en la familia.



Cuando llega el Día de Muertos, la mayoría de los mazahuas visitan a sus familiares en el panteón por respeto, cariño o nostalgia; pero hay quienes asisten para evitar el enojo de sus familiares difuntos, pues piensan que podrían perjudicarlos si no lo hicieran. Otros van a ver a sus muertos porque se sienten comprometidos con los vivos, pues de no visitarlos, sufrirán el descontento y la marginación de los demás mazahuas, por haberse olvidado de sus muertos.

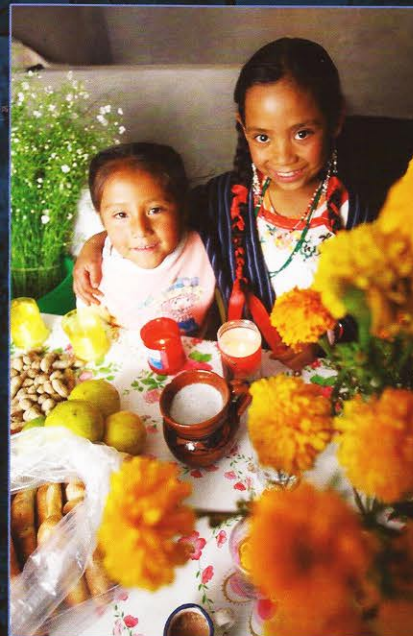




Ya en el panteón, beben y comen con sus difuntos, y platican entre sí con la finalidad de que el difunto se entere de los últimos acontecimientos de la familia y del pueblo. Después de visitar a sus muertos, los mazahuas conviven en las afueras del panteón con familiares y amigos. Comen principalmente barbacoa y frutas, mientras que los niños y jóvenes se divierten en los juegos mecánicos que se han instalado junto al panteón y en la lotería; después de todo, hay motivos para estar contentos.



Ofrenda Nahua



Los descendientes directos del pueblo nahua, especialmente los hablantes del náhuatl o mexicano, constituían en 2005 una población total de 45,972 habitantes; de ellos, sólo 2,367 se encontraban concentrados en municipios indígenas originarios.

En su mayoría se encuentran diseminados en municipios de la zona conurbada con la Ciudad de México y el oriente del Estado. Son los descendientes de quienes habitaron la gran Tenochtitlan y las riberas de los lagos que la circundaban. También hay población nahua en algunos municipios del Valle de Toluca y el Sur del Estado.



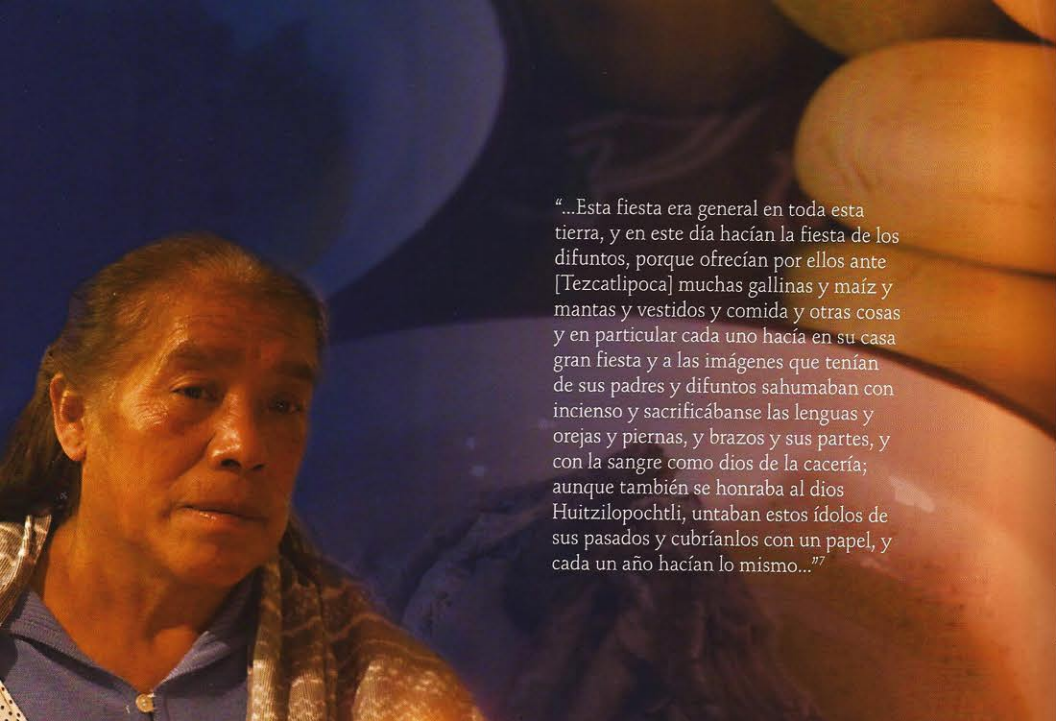
Nahua

En la actualidad, hay asentamientos nahuas que preservan su identidad en 10 municipios del Estado: Temascaltepec, donde también se asientan los matlatzincas, Sultepec, Tejupilco, Luvianos, Malinalco, Joquicingo, Xalatlaco, Tenango del Valle, Amecameca y Texcoco.

La celebración del Día de Muertos es una tradición muy arraigada en el pueblo nahua, la cual llevan a cabo tanto en comunidades indígenas como mestizas de nuestro país. Sus antepasados tenían dos celebraciones principales para el culto a sus muertos, la Miccailhuitontli, "Fiesta de los Muertecitos", y la Huey Miccailhuitl "Gran Fiesta de los Muertos"⁶; pero también llevaban a cabo otras en los meses Toxcatl, Quecholli, Tititl e Izcalli (meses 5, 14, 17 y 18, respectivamente). En el mes Toxcatl, la fiesta principal se dedicaba a Tezcatlipoca, pero también se hacía una fiesta en memoria de los muertos. Según manuscrito de 1553 que se conserva en el monasterio El Escorial, en Madrid, España:

⁶ Ver Introducción. Muerte – Vida, un ciclo eterno (Cosmovisión Nahua).





"...Esta fiesta era general en toda esta tierra, y en este día hacían la fiesta de los difuntos, porque ofrecían por ellos ante [Tezcatlipoca] muchas gallinas y maíz y mantas y vestidos y comida y otras cosas y en particular cada uno hacía en su casa gran fiesta y a las imágenes que tenían de sus padres y difuntos sahumaban con incienso y sacrificábanse las lenguas y orejas y piernas, y brazos y sus partes, y con la sangre como dios de la cacería; aunque también se honraba al dios Huitzilopochtli, untaban estos ídolos de sus pasados y cubríanlos con un papel, y cada un año hacían lo mismo..."⁷



En el mes Quecholli, la festividad mayor era en conmemoración de Mixcóatl y otros dioses del inframundo. En el quinto día hacían, en honor a los difuntos, unas flechas largas con resina en las puntas; se ataban cuatro junto con cuatro teas, con el fin de ponerlas sobre las sepulturas; también se colocaban un par de tamales dulces; al ponerse el sol, encendían las teas, y el carbón y la ceniza resultante se enterraban en la sepultura. Esto se hacía para honrar a los que habían muerto en la guerra.



⁷ Federico Gómez de Orozco, "Costumbres, fiestas, enterramientos y diversas formas de proceder de los indios de la Nueva España", en Tlalocan, V. II. México, num. 1. (1945).



En el mes de Izcalli se celebraba a Xiuhtecutli, dios del fuego. Cada cuatro años se le hacían sacrificios en el fuego a este dios. También se celebraba a Tláloc y a Matlalcueytl. Ese mes se celebraba el Huauhquiltamalqualiztli que consistía en ofrendar tamales a los muertos: "... ofrecían al fuego cada uno en su casa, cinco huauhquiltamalli puestos en un plato, y ofrecían, asimismo, sobre las sepulturas de los muertos, donde estaban enterrados, a cada uno un tamal. [...] después se los comían todos, y no dejaban ninguno para otro día"⁸.

⁸ Fray Bernardino de Sahagún cit. por Leticia Salazar Cárdenas "El culto a los muertos en la época prehispánica" en Juan Carlos H. Vera (Coord.) La celebración del día de muertos en México. México, CNCA (1991).

En el mes Tititl, se dedicaba a Ilamateuctli y a Yacteuctli, y también se realizaban ofrendas a los muertos. Las ceremonias de los tres meses anteriores, coincidían con las épocas del año en que las noches son más largas que los días, por lo que creían que el sol pasaba más tiempo en el inframundo. Así se rendía culto al sol en su paso por el Mictlán. En el mes Atemoztli, se sacrificaban perros techichi, para que ayudaran a los muertos a pasar el río del Mictlán.





En los primeros años de la Colonia, Fray Diego Durán observó que los indígenas continuaron sus rituales mortuorios, ajustándolos a la liturgia católica. Fue así como, al celebrarse el 1 y 2 de noviembre de cada año, días de Todos los Santos y los Fieles Difuntos, respectivamente, los grupos nahuas continuaron sus tradiciones milenarias.

Para los nahuas del presente, la muerte sigue significando algo sagrado, es un paso de una vida a otra, donde se deja de existir en forma material para vivir en el mundo del más allá; con un cúmulo de creencias, costumbres y rituales, donde los vivos participan en los ritos fúnebres al momento de fallecer una persona y luego, año con año, le ofrecen los productos de la cosecha, dado que esta celebración coincide con el fin del ciclo agrícola.





Entre los nahuas cada ofrenda puede variar de una comunidad a otra, pero lo más coincidente es que se coloca fruta, alimentos, flores, pan, aguardiente, cigarros, entre otros elementos sobre una base de madera situada en un lugar especial de la casa.





El pueblo nahua destina el 28 de octubre para recordar a los niños que murieron sin ser bautizados, ofreciéndoles agua, sal, miel de abeja u otra bebida. El 31 de octubre recuerdan a los difuntos niños o muertitos, ofreciéndoles dulce de calabaza o chayote, chocolate, pan hecho en casa para la ocasión, fruta, comida sin picante, algunos juguetes e imágenes religiosas.

Llegado el 1 de noviembre se recibe a las ánimas adultas, con lo ya existente más guisos de arroz, papas, habas, tamales de sal y tlaxcales; como complemento indispensable se incluyen bebidas como pulque y cerveza, además de cigarrillos.





La visita sólo dura 24 horas, por lo que el 2 de noviembre se acompaña a las ánimas al panteón, donde se limpian y adornan con flores los sepulcros.

Por la tarde se levanta la ofrenda y se guardan limpios los utensilios para ser empleados al año siguiente. Sin duda se trata de la principal celebración anual.





Ofrenda Otomí



Actualmente, las regiones otomíes del Estado de México abarcan los municipios de Aculco, Jilotepec, Chapa de Mota, Morelos, Timilpan, Acambay, Temascalcingo, Temoaya, Villa Cuauhtémoc, Xonacatlán, Lerma, Ocoyoacac, Toluca y Amanalco.

Los otomíes tienen una creencia muy arraigada respecto a la muerte: piensan que los difuntos antes de morir registran su existencia en su memoria, para que su espíritu pueda viajar de vuelta a su

pueblo y a su hogar. Según la cosmovisión otomí, sus muertos van a un lugar distinto, pero desde el cual los pueden observar, proteger o perjudicar, si así lo desean; por eso piensan que los vivos tienen el deber de ofrendar a los muertos, así como de transmitir esta costumbre a sus hijos, pues si alguien no lo hiciera se le podría castigar y ser juzgado cuando muera, por haber olvidado una de sus principales obligaciones y ser un malagrado.

Otomí

Para los otomíes, “muerto” y “ánima” son dos cosas distintas. Cuando alguien muere, después de las velaciones y el entierro, abandona su cuerpo para convertirse en animä. Suponen que las ánimas conservan sus apetitos terrenales y que si no les preparan sus platillos como a ellos les gustaban y si no les obsequian sus cosas que disfrutaban en vida, se molestarán con sus deudos y podrían hacerles la vida pesada. De igual manera, el muerto que es olvidado por sus familiares entristece y más tarde podría vengarse.

Las celebraciones otomíes del Día de Muertos, son una mezcla del ritual de la liturgia católica (misas y rezos) y la tradición (ofrendas, procesiones y visitas al panteón). La ofrenda otomí se distingue porque se coloca en el suelo, sobre un petate como símbolo de respeto y autoridad, sin adornos ni imágenes religiosas. El mundo otomí tiene estrecha relación con la naturaleza, pues la considera la madre de todas las creaciones, el agua dadora de la vida, el viento transmisor de la vida y el sol, como dador de calor o energía.





Las ofrendas se instalan desde el 30 de octubre por la tarde, en este día es cuando llegan los "abrojos", que son las almas de los niños que murieron sin ser bautizados o en el parto. A ellos se les ofrendan velas, ceras, flores, copal y leche. Se coloca una vela por cada niño difunto, al mismo tiempo, se dice el nombre del muertito y se reza un Padre Nuestro. Al día siguiente, el 31, a la misma hora, se despiden a los niños del limbo con una salva de cohetes que, a la vez, dan la bienvenida a los "angelitos" o niños difuntos bautizados.

Constantemente se tocan las campanas de la iglesia, con el fin de orientar a las ánimas para que lleguen al pueblo. A estos muertitos se les ofrenda pan, leche, tamales, atole, chocolate, galletas, frutas, dulces, caldo de pollo, flores, velas, copal y agua bendita.

El 1 de noviembre se dedica a las ánimas de los adultos. A ellas se les ofrenda, además de sus platillos favoritos, café negro, gorditas de maíz, pulque, cigarros y una veladora por cada difunto recordado, y se agrega una más por todos aquellos que murieron mucho tiempo atrás y ya se olvidaron. También se acostumbra llevar algo que ofrendar a la casa de los compadres, padrinos o amigos fallecidos.



Es en este día cuando se realiza la fiesta en grande, el 2 de noviembre en la mañana le ofrecen el almuerzo, antes del medio día se reúnen los familiares y se reza una oración para que regresen con bien al lugar donde los tienen destinados, cielo o infierno, lo cual se desconoce, y, finalmente, se les acompaña al panteón, llevando las flores que se colocaron en la ofrenda, así como las ceras que sobraron, mismas que se encienden y se colocan sobre la tumba.





El 3 de noviembre, justo a las doce de la mañana, se piensa que las almas ya están satisfechas y contentas, pues se les recordó como si estuvieran entre los vivos. Es entonces cuando la ofrenda se distribuye entre familiares, amigos y compadres. A media noche se ahuma la ofrenda para que los vivos y difuntos se despidan, cada objeto tiene un significado determinado, las calaveras representan al difunto, velas, ceras y pétalos de compasúchil son la guía para que los difuntos lleguen a la ofrenda; las ceras deben colocarse sobre una penca de maguey, asimismo, se colocan cañas enteras y no debe de faltar el sombrero o alguna prenda que gustaba a los difuntos, y la faja que es símbolo de equilibrio y fuerza.

**Leyenda Otomí
del Día de Muertos⁹**
(Fragmento)

Los vientos fríos cobijan las flores de muerto que emergen del vientre de la tierra; para alumbrar los caminos de nuestros difuntos que vendrán a

compartir recuerdos, experiencias e historias; al paso de los días los espíritus de nuestros muertos se preparan para cobijar a nuestros pueblos. El viento juguetea con las hojas secas de los maizales, los atardeceres rebosantes de alegría infunden de dulzura nuestras almas, todo habitante de esta Madre



Tierra suspira por una luna más que se aleja; el ambiente se impregna de incienso, viento y aves que cantan de alegría por la llegada de las mariposas blancas que anuncian la venida de nuestros difuntos que están allá tras de la luna y que se preparan para la gran fiesta, nuestros abuelos y abuelas jubilosos



lloran de alegría al mirar a sus hermanas mariposas; estas mariposas revolotean a mediados del mes de septiembre; son el espíritu de algunos abuelos y abuelas que platican con las últimas flores, milpas y árboles, agradeciéndoles por los frutos que vendrán a disfrutar las almas de todos los que ya se fueron, mientras

algunos niños y jóvenes con júbilo preparan el sahumerio y la flor de muerto.

Niños y niñas alegres corren tras de las mariposas, con mucho cuidado juegan con ellas; en este pueblo aún abunda el espíritu de la alegría. Al paso de los años algunas familias heroicamente conservan

su cultura, porque resisten y enseñan la cosmovisión otomí.

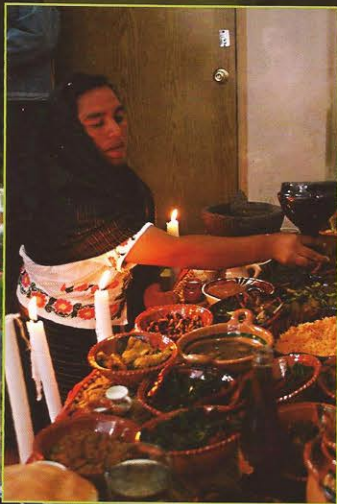
Allá tras las estrellas nuestros difuntos miran con tristeza como la gran mayoría de nuestros niños y jóvenes se avergüenzan de sus raíces. Por todo esto acá en esta tierra una gran parte del pueblo otomí ya no se prepara espiritualmente, no rezan al árbol de ocote, ya no preparan la flor de muerto para guiar a los espíritus; mientras más allá de los astros nuestros difuntos de todas las edades sufren y lloran de tristeza. Los guerreros Aguila, Lagartija y Lobo los reconfortan; estos son preparados por los abuelos para guiar en



su camino a todos los difuntos sin importar si son o no de su pueblo, todos son guiados a la tierra.

Los abuelos preparan a tres guerreros Lagartija, tres guerreros Águila y tres guerreros Lobo para encenderse como antorcha e iluminar el camino a todos los difuntos, ya que si no lo hacen muchos de ellos prenderán sus manos como antorcha para guiarse por el camino y convivir con el pueblo; niños y niñas intentarán con sus lágrimas a medio camino apagar el fuego que los atormenta, pero aguantarán porque sólo estos días es cuando se les permite venir a la tierra y platicar con sus familiares y disfrutar de las cosechas que les ofrendan.

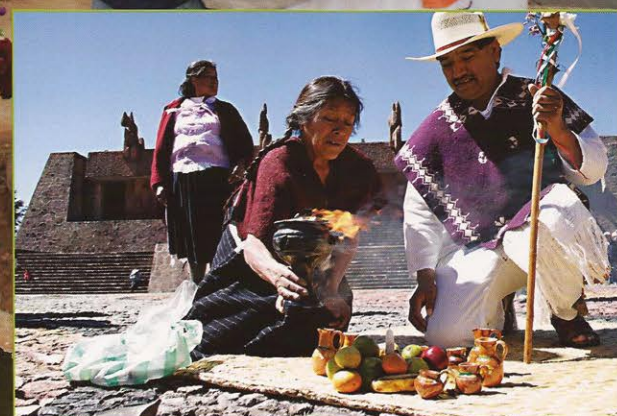




Antes de su preparación, los abuelos platican con el Sol, les piden permiso para que los guerreros otomíes se puedan ejercitar durante veintiún días previos al viaje a la tierra, para iluminar el camino de las almas ya que sus familiares no se acuerdan de ellos porque desde que llegaron los españoles muchas familias ya no respetan nuestras tradiciones... Estos guerreros se ejercitan y antes de subir con el Sol se untan la sangre y las lágrimas de nueve árboles de ocote, suben al centro del Sol durante veintiún días, en las mañanas permanecen en el vientre del sol y en las noches como antorcha se encaminan a la comunidad; en un principio sufren pero con el tiempo se fortalecen, ellos mismos conscientemente y con alegría realizan su proeza y valor; su recompensa es mirar sonreír a niños y niñas que visitan a sus familiares y amigos.

Aquí en la tierra nuestros abuelos y padres sufren al saber del sacrificio de nuestros nueve guerreros porque a la mayoría de los difuntos ya no se les espera con alegría, y no les ofrendan sus panes, frutas, rezos y cantos; ya no se enciende el fuego.

Pero los abuelos y padres que con alegría esperan a sus difuntos ponen algo de más para aquellos que son olvidados aquí en la tierra, a fin de que no se retiren sin probar de lo poco o mucho, que se cosechó o compró para ellos.



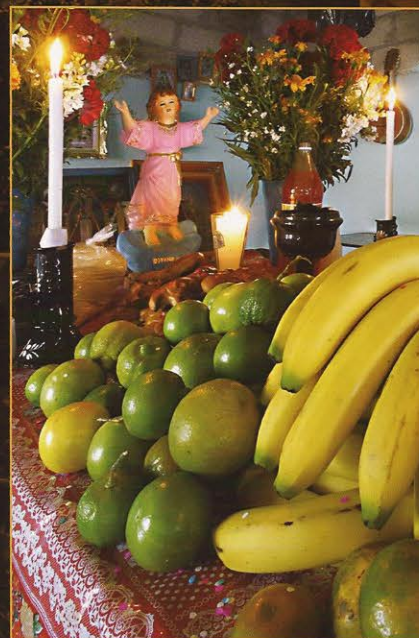


Muchas almas regresan tristes porque no pudieron platicar con sus familiares, pero en ellos la esperanza nunca se apaga y año con año regresan a la tierra guiados por los guerreros otomíes.





Ofrenda Tlahuica



Los tlahuicas o pjekakjo tienen una gran afinidad histórico-cultural con los matlatzincas. Su población se concentra en el municipio de Ocuilan, en las comunidades de San Juan Atzingo, Lomas de Teocalzingo, Santa Lucía, Totoc y la colonia Dr. Gustavo Baz. Este pueblo indígena es el de menor tamaño en cuanto a población, pero a través de su lengua, ritos, tradiciones y cultos sustenta su identidad cultural.



Tlahuica

Respecto a su tradición de Día de Muertos, sus ofrendas o altares son muy parecidos a los colocados en el resto de los pueblos indígenas de la entidad; lo característico del pueblo tlahuica es que se realizan dos ofrendas: la familiar y la comunitaria. A través del ritual, continúan unidos con sus familiares difuntos. Destacan entre los objetos de la ofrenda, la ropa que usaron en vida los difuntos. A la mujer adulta se le colocará su blusa con bordados de flores de colores, su faja, rebozo, quexquémetl y su enredo de lana negra con bordados. Para el hombre adulto, se colocará su gabán y su sombrero.



Para ellos esta costumbre es una parte fundamental del sistema de cargos; pues durante esta celebración las almas de los difuntos regresan a supervisar el desarrollo de las actividades en bien de su comunidad, esta situación ha contribuido a que exista una mayor unidad y colaboración entre los cargos religiosos, políticos y tradicionales.

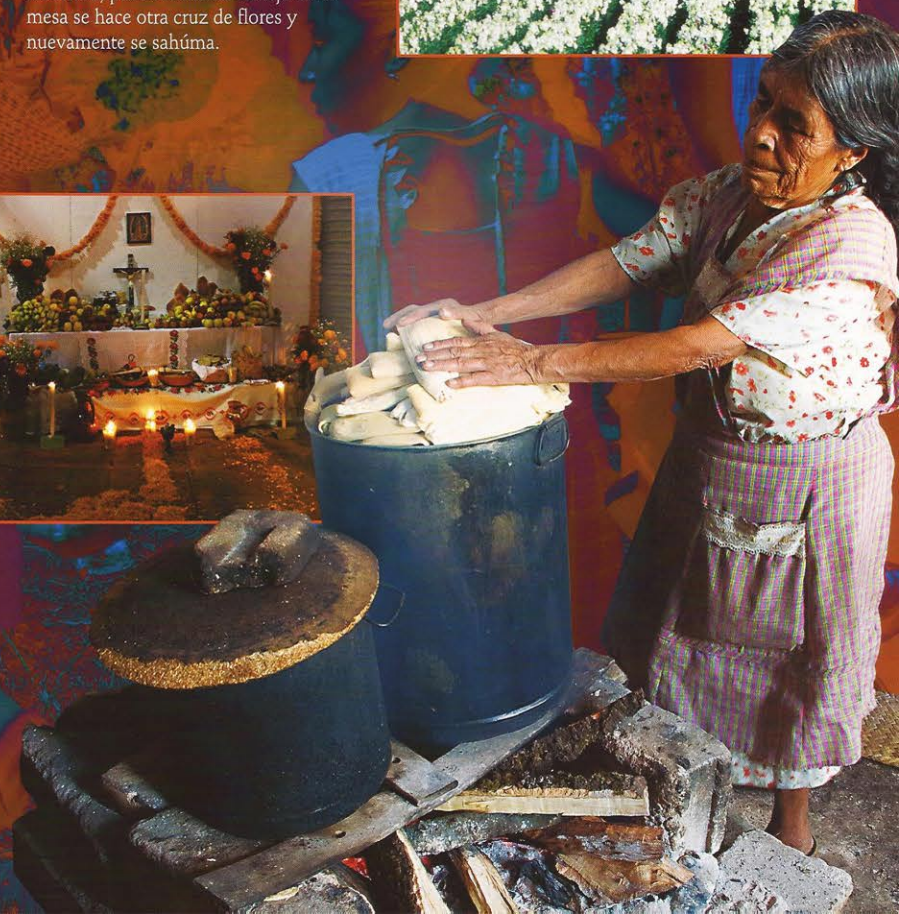


Los días 31 de octubre y 1 de noviembre se recibe en la puerta de entrada a sus casas, con el sahumerio y el copal a las ánimas benditas, mientras el semanero a las doce del día toca la campana de la iglesia para darles la bienvenida.





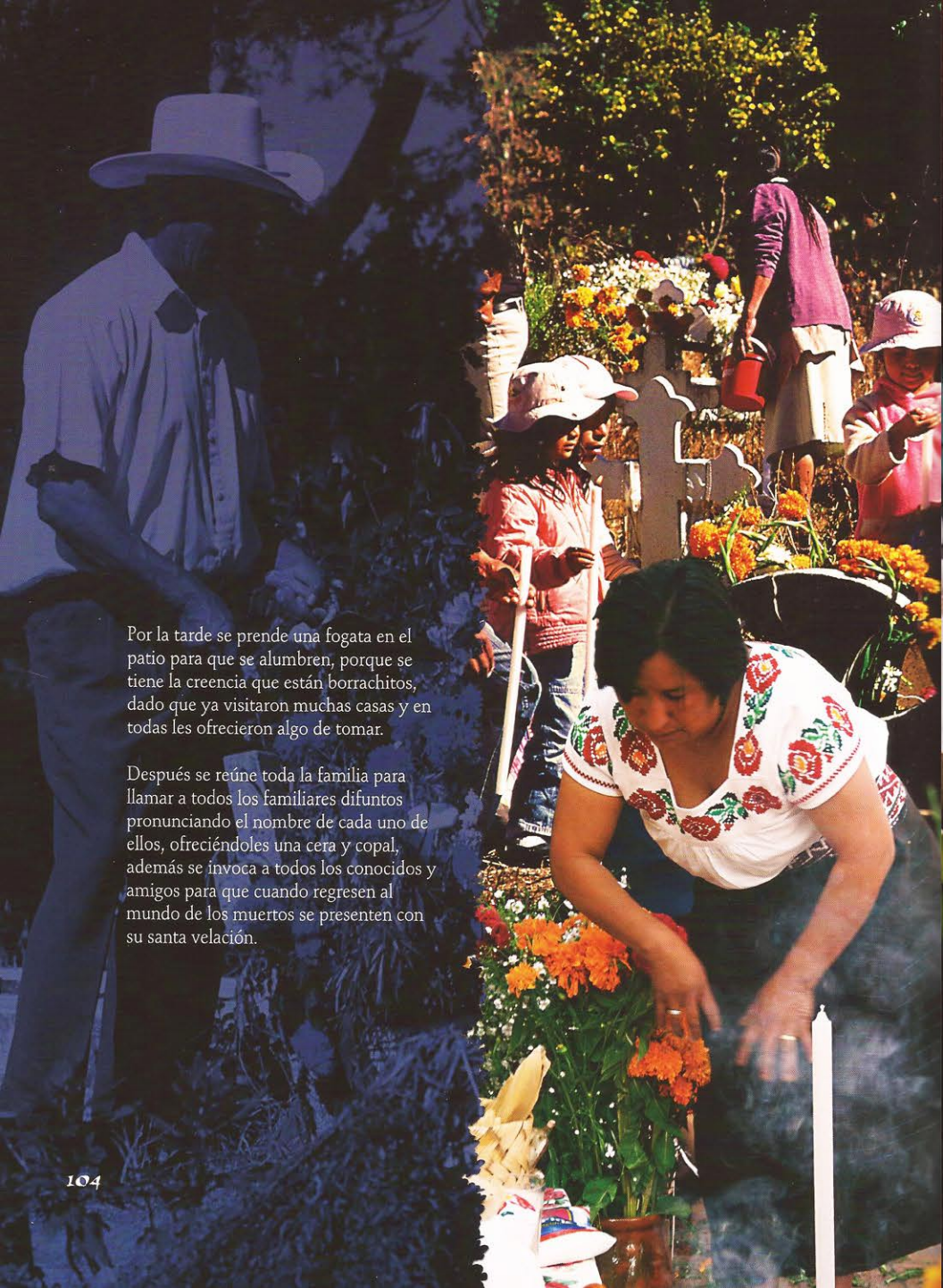
La ofrenda familiar para los niños inicia el 31 de octubre, se coloca en la habitación principal de cada casa, una mesa con su mantel bordado, imágenes religiosas, fruta, y flor de la temporada, chocolate, pan, así como ceras y veladoras, que se mantienen encendidas permanentemente; se les recibe hablándoles con palabras de respeto, en la lengua tlahuica, primero se hace una cruz y se sahúma, después se elabora un caminito con flores de campo o cempasúchil, invitándolos a pasar para que descansen del largo camino recorrido, posteriormente debajo de la mesa se hace otra cruz de flores y nuevamente se sahúma.





El día 1 de noviembre se retira totalmente la ofrenda de los niños y se inicia la colocación de la ofrenda para los adultos; primero se sahúma el altar, se pide permiso y se coloca un vaso con agua y un platito con sal y se hace una cruz con el pan, para que enseguida se integre la flor, la fruta, los alimentos como mole, arroz, tamales, tortillas, elotes, así como pulque, botellas de licor, cigarros y cerillos, también enseres nuevos como son: servilletas, jarros, platos, ollas, chiquihuites, ropa, sombreros y ayates para que carguen las cosas.





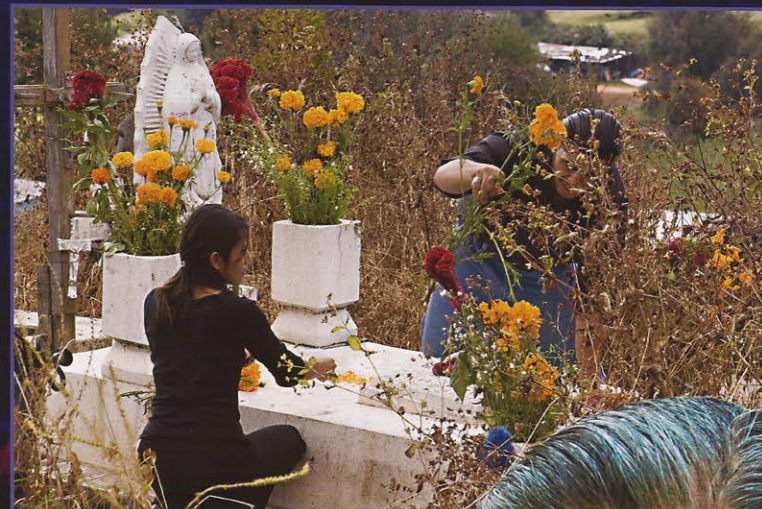
Por la tarde se prende una fogata en el patio para que se alumbren, porque se tiene la creencia que están borrachitos, dado que ya visitaron muchas casas y en todas les ofrecieron algo de tomar.

Después se reúne toda la familia para llamar a todos los familiares difuntos pronunciando el nombre de cada uno de ellos, ofreciéndoles una cera y copal, además se invoca a todos los conocidos y amigos para que cuando regresen al mundo de los muertos se presenten con su santa velación.



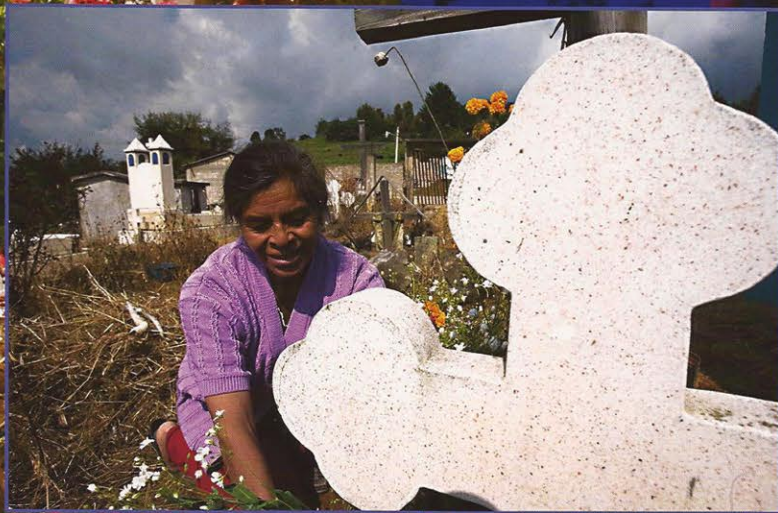


El día 2 de noviembre por la mañana se sahúma la ofrenda y se les ofrece un desayuno. Al mediodía, la familia se coloca frente a la ofrenda altar. El señor de la casa enciende una cera y habla en tlahuica, por ejemplo, a su padre difunto: "Nos da gusto que vengas hoy y estés con nosotros, con esta cera te recibimos para que te alumbres en tu camino. No sabes cómo te he extrañado, me siento huérfano sin tu presencia y la casa ya no tiene la misma alegría de cuando tú estabas". Luego le habla la esposa, los hijos y, por último, los nietos. El ritual se repite con cada uno de los difuntos que recuerdan, colocando una vela por cada uno de ellos. Cuando llega la hora en que se van a despedir, se les pide permiso



para levantar la santa velación, apagan las ceras y se dirigen al panteón a colocar las flores y las ceras en las tumbas de cada uno de sus seres queridos.

Después de un par de horas de acompañar a sus difuntos, regresan a sus casas para levantar la ofrenda y visitar a los compadres para dejarles su "muertito", una canasta con fruta, pan, bebidas, dulces y platillos tradicionales que antes compartieron con sus difuntos.





Alfeñique



El dulce de alfeñique es una antigua y exquisita tradición en México, la cual se inició en Toluca. En 1630 don Francisco de la Rosa, vecino del valle, solicitó a la Corona española permiso para elaborar el dulce de alfeñique típico español, elaborado con una masa de azúcar y aceite de almendras. Don Francisco abrió su comercio de dulces de alfeñique en la calle Real, hoy Independencia.

Sin embargo, se pueden observar en algunos códices prehispánicos pequeñas figuras con formas humanas y de animales, elaboradas para las festividades del día de muertos, con una pasta de maíz, frijol, amaranto y miel de avispas silvestres a la que llamaban Tzoatl.



Alfeñique

Durante la Colonia, la tradición del dulce de alfeñique español se combinó con la tradición prehispánica y dio origen al dulce mexicano de alfeñique, conocido también como dulce de muerto.

“Alfeñique” es una palabra árabe que significa “fino” o “delicado”. Actualmente, este dulce está elaborado con azúcar harinosa, clara de huevo y chaucle o raíz de papaloquelite, recolectada en los municipios de Tonatico, Ocuilán y Coatepec Harinas. Los artesanos alfeñiqueros comienzan su elaboración en el mes de febrero, y durante nueve meses crean y modelan las diversas figuras que conocemos, como son las calaveras, borreguitos y venaditos de azúcar refinada o chocolate, una gran cantidad de alfeñiques en miniatura, dulces vaciados y dulces de pepita de calabaza.

Hoy estos dulces forman parte de la ofrenda dedicada a los muertos, principalmente en la Fiesta de Todos los Santos.





Hace poco más de 40 años, se inició en los portales de Toluca¹⁰ lo que más tarde se convertiría en la Feria del Alfeñique¹¹; en aquel entonces sólo participaban cuatro o cinco familias, quienes elaboraban sus dulces a la vista de todos. Año con año, de la segunda semana de octubre a los primeros días de noviembre, alrededor de 120 familias que trabajan el dulce de alfeñique

abarrojan los portales en la feria. Allí exhiben sus mejores trabajos, los cuales son sometidos a concurso. Es una dulce fiesta llena de colores y sabores sin fin, en la que se han cerrado las puertas a tradiciones que desvirtúan la esencia de nuestras fiestas de Día de Muertos.

El dulce de alfeñique mexicano es un arte popular efímero, pero de gran tradición y belleza, el cual queremos que nunca muera.

¹⁰ Con sus 118 arcos, los más largos de México.

¹¹ Actualmente Feria del Alfeñique y Dulce Tradicional de Toluca.



Cempoalxóchitl

Muchas son las leyendas indígenas en torno a la flor de Cempoalxóchitl, hoy llamada Cempasúchil. Varias la relacionan con Tonatiuh, el Padre Sol, por su color intenso como el de sus rayos en el ocaso; la mayoría la relacionan con la muerte.

Ofrecemos aquí un breve bosquejo de la más hermosa de ellas¹²:

Cuentan que la bella princesa Xóchitl, flor, y Huitzilín, colibrí, un valiente guerrero, se amaban desde su tierna infancia. Su amor creció junto con ellos. Por las tardes, subían a la montaña a llevar flores a Tonatiuh, el Padre Sol, quien parecía sonreírles por sus floridas ofrendas. Ante él, juraron que su amor trascendería el tiempo, la distancia y hasta la muerte.

Un día Huitzilín partió a la guerra; pasaron muchas lunas cuando la bella princesa recibió la noticia de que su amado había muerto en batalla. Xóchitl quiso seguir a la otra vida a Huitzilín, así que fue ante Tonatiuh y le suplicó que la uniera por siempre con su amado. Conmovido por el dolor de la princesa, Tonatiuh la tocó con uno de sus rayos y la convirtió en una bella flor del color del sol; al poco

tiempo llegó un colibrí, huitzilín, y amoroso se posó en ella, quien al instante abrió sus pétalos, para perfumarlo con su aroma. Contaban los antiguos que así había nacido Cempoalxóchitl, la bella flor de los muertos.



¹² La Flor de Cempasúchil, cuento náhuatl. Investigación de Alma Rosa Rivera.



Índice

Presentación	7
Introducción	8
Somos mortales	11
Muerte - Vida, un ciclo eterno	13
Ofrenda Matlatzinca	28
Ofrenda Mazahua	42
Ofrenda Nahua	58
Ofrenda Otomí	74
Ofrenda Tlahuica	92
Alfeñique	108
Cempoalxóchilt	114
Fuentes	118



Fuentes

- Alfeñique y Día de Muertos / Alfonso Sánchez Arce -- México : Identidad Mexiquense, Gobierno del Estado de México, 2007.
- El Origen del Día de Muertos / Pablo Sandoval Hernández -- México : Universidad Pedagógica Nacional, 2000. En: Revista Xicli. No. 35.
- Expresiones del Sincretismo Religioso en la Muerte Náhuatl / México : Universidad de las Américas Puebla, 2006.
- La muerte en Mesoamérica / Patrick Johanson K. -- México : Arqueología mexicana, 2003. En: arqueología mexicana. N° 60, mzo. - abril 2003
- Ofrenda de Día de Muertos Matlatzinca / Investigación de campo de Juan Samuel Coronel, 2007.
- Ofrenda Mexicana a los Muertos / Investigación inédita de Francisco De la Sota Riva Herrera, 2005.
- Otomíes del norte del Estado de México y sur de Querétaro/ Alessandro Questa Rebolledo y Beatriz Utrilla Sarmiento -- México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2006.
- Muerte a Filo de Obsidiana, los nahuas frente a la muerte/ Eduardo Matos Moctezuma -- México : Fondo de Cultura Económica, 1996.
- "Muertos... ¡pero de gusto!" / Emilio Ángel Lome y Alma Rosa Rivera de los Santos -- México : Espectáculo narrativo musical de Itacate de Cuentos, 2005.
- Raíces que no mueren / varios autores -- México: Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno del Estado de México - Consejo Estatal para el Desarrollo Integral de los Pueblos Indígenas del Estado de México, 2007.

Secretaría de Desarrollo Social
Consejo Estatal para el Desarrollo de los
Pueblos Indígenas del Estado de México

Ernesto Nemer Álvarez
Secretario de Desarrollo Social y
Presidente del Subcomité Editorial
del Sector Desarrollo Social

José Alejandro Vargas Castro
Secretario Técnico del Consejo Editorial de
la Administración Pública Estatal

Carlos Eduardo Camacho Martínez
Secretario Técnico del Subcomité Editorial
del Sector Desarrollo Social

Rafael Díaz Bermúdez
Vocal Ejecutivo del CEDIPIEM

Antonio Hernández López
Subdirector de Desarrollo Cultural Indígena

Margarito Sánchez Valdez
Vocal Indígena Propietario por el Pueblo
Mazahua

Mariano Pánfilo Bermúdez
Vocal Indígena Propietario por el Pueblo
Otomí

Frumencio González Arellano
Vocal Indígena Propietario por el Pueblo
Nahua

Pedro Romero Martínez
Vocal Indígena Propietario por el Pueblo
Matlatzinca

Fidel Martínez Jiménez
Vocal Indígena Invitado por el Pueblo
Mazahua

Hipólito Arriaga Pote
Vocal Indígena Invitado por el Pueblo Otomí

Dirección editorial
y Redacción
Gustavo Ramírez Faraón

Dirección de Fotografía
Rodolfo Alamilla Herrera

Diseño
Daniel Arreola Celis
Esteban Valdés Olvera
Sergio Osorio Sánchez
Francisco Carreón Samperio

Fotografía
Rodolfo Alamilla Herrera
Juan Flores Arenas
Emilio Varela Ramírez
Eloy Valtierra Ruvalcaba
• Juan Samuel Coronel
Carlos Hahn
Federico Banegas
Humberto Viguri Morfin

Investigación
Francisco De la Sota Riva Herrera
Gustavo Ramírez Faraón
• Juan Samuel Coronel

Producción
Guadalupe Camacho D.

Impresión
Marco Antonio Maytorena

Encuadernación
Filemón Solorio

Día de Muertos, Ofrenda Viva de
nuestros Pueblos Indígenas, Primera
Edición, la cual consta de 700
ejemplares, se terminó de imprimir en
diciembre de 2007.